

# LOS VIAJES DE ESPAÑA

EDUARDO HARO TECLEN

**P**ARECE que ha sorprendido en los medios españoles que la entrevista de Juan Carlos de Borbón y el Presidente Carter haya derivado hacia temas políticos. Sorprende la sorpresa. Hace ya muchos años que Carter dejó de hablar de cacahuetes, y precisamente en estos momentos se está jugando su vida política en una de esas dramáticas exhibiciones "al borde del abismo" —según la frase que acuñó Foster Dulles, secretario de Estado en los tiempos históricos de la guerra fría— que de cuando en cuando producen los Estados Unidos. Está en marcha toda una amplia campaña diplomática dirigida desde la Casa Blanca para la captación de aliados dentro de los aliados. La defección de Francia, tan explícita y hasta tan dura, con respecto a la política de guerra fría, no es un caso único. Alemania Federal trata de salvar, también, todas las formas de paz: el canciller Schmidt acaba de comunicar a Moscú que está dispuesto a ir a visitar a Brejnev, sobre la tesis de que es precisamente en momentos de crisis cuando deben reforzarse las negociaciones; y Willy Brandt ha visitado a Carter —también en visita privada—: el sentido de su conversación parece haber sido el de tratar de hacerle valorar más la necesidad de regresar a la "détente". El Departamento de Estado ha comentado, por su portavoz habitual, la cuestión de las disidencias entre aliados: "Existe entre los Estados Unidos y algunos de sus aliados divergencias de puntos de vista sobre la mejor manera de reaccionar a la amenaza producida por la intervención soviética en Afganistán". Es un eufemismo, aunque encierra mucha verdad; ninguno de los aliados de Estados Unidos minimiza el alcance de la acción soviética. Sólo que las diversas formas de reaccionar no encierra una divergencia entre las sanciones a elegir, sino entre la multiplicación de la crisis o su apaciguamiento. La presión de los aliados mayores de Estados Unidos, como Francia y Alemania Federal,

se dirige por una parte hacia la Casa Blanca, tratando de hacer ver a Carter el peligro que representa para todos —y no sólo peligro de guerra, sino peligro de restricción económica y social, de reconversión de las políticas interiores de cada país— una inflación de la crisis; pero por otra se dirige a la Unión Soviética para que no se engañe con respecto al alcance de estas disidencias en el interior del mundo atlántico y no vaya más allá en su desafío. La carta de Schmidt a Brejnev contiene, según parece, elementos de claridad en ese sentido. Las declaraciones de su ministro de Asuntos Exteriores son toda-

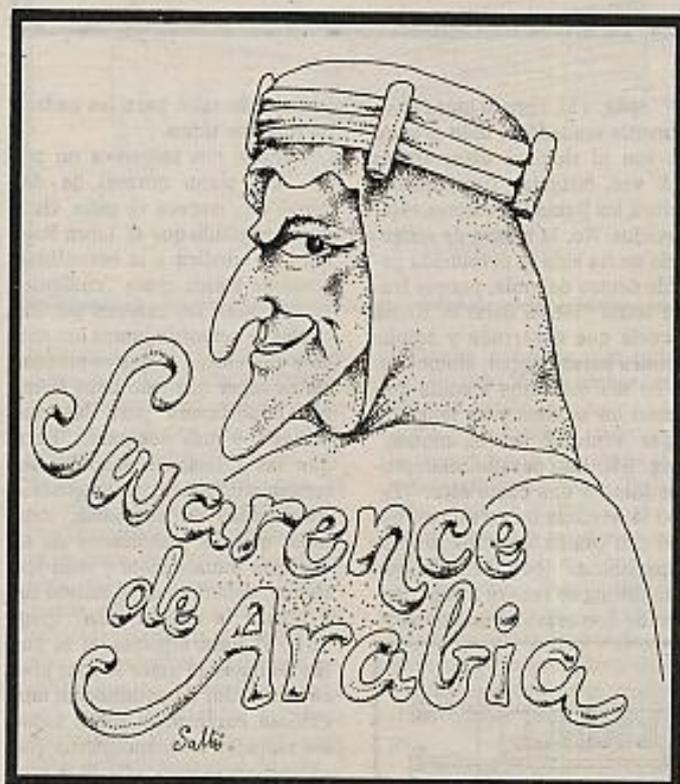
—China—, y esa intervención extranjera no tenía por objeto solamente desestabilizar el régimen de Afganistán, sino crear un foco de tensión en la frontera Sur de la URSS. La reacción de los Estados Unidos frente a la URSS no sería producto de la cuestión del Afganistán, sino una política preconcebida: "Todo nos lleva a creer que las fuerzas ligadas al complejo militar-industrial han dominado ahora en los Estados Unidos". La frase es de Andropov, jefe de la KGB.

La campaña de captación de aliados por parte de los Estados Unidos está en pleno vigor, y España es uno de sus objetivos de

en momentos en que el Rey de España estaba en Washington. Una coincidencia interesante para Carter, que podría ahondar en la tesis de la culpabilidad global soviética y plantear ante España la cuestión de los Juegos Olímpicos, que parece haber desbordado ya los términos de eficacia o ineficacia para convertirse en una obsesión personal del Presidente.

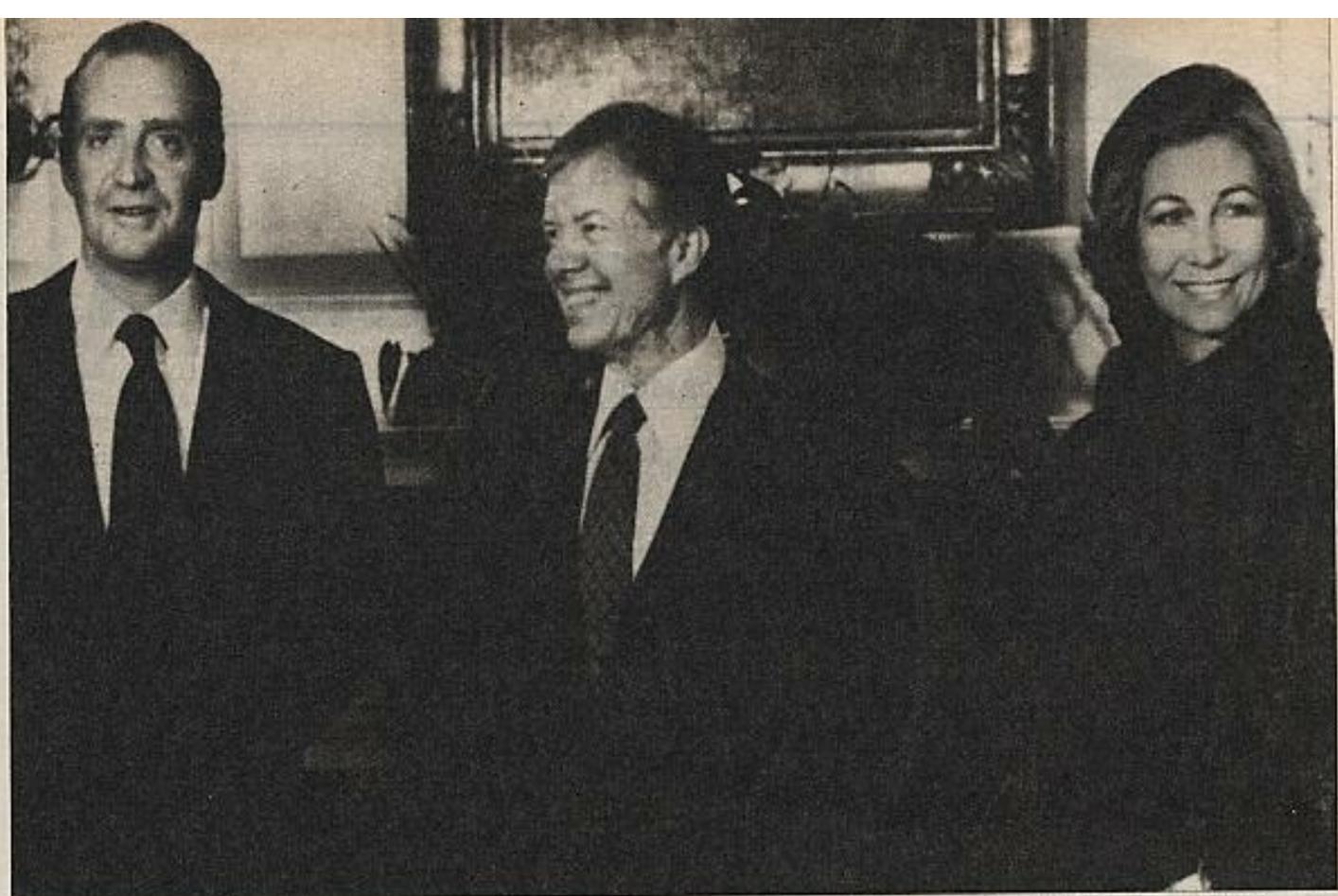
El hecho es que el Rey acudió a tomar el té a la Casa Blanca, acompañado por su esposa y, como figura de protocolo, por el embajador de España en Washington, y se encontró al Presidente flanqueado nada menos que por Cyrus Vance y por Brzezinski, lo que convertía inmediatamente en política la entrevista. En principio, es de una indelicadeza considerable. Parece que interesa mucho recalcar, entre el séquito del Rey y los comentarios officiosos de Asuntos Exteriores, que esta introducción de la política es enteramente unilateral; conviene aislar del tema a la figura del Rey y su función constitucional, y al mismo tiempo la candidatura propuesta para que se le conceda el Premio Nobel de la Paz, que en teoría debería alejarle de cualquier alineación.

"¡Qué buen presidente de Gobierno tiene usted!", cuentan las crónicas que dijo Carter al Rey. Frase también bastante fuera de lo protocolario —no parece que el Rey tenga un presidente de Gobierno—, pero que revela la varias veces repetida admiración de Carter por Suárez. El presidente del Gobierno, Suárez, está teniendo efectivamente una actuación que coincide con Carter más que cualquiera de sus aliados —con la excepción, quizá de Portugal y algún otro país—. Quizá porque la organización parlamentaria española le hace temer menos los debates de política exterior, en los que la oposición está bastante atribulada porque no quiere ser confundida en ningún caso con la Unión Soviética, buscando una huida posible de las consecuencias de la guerra fría. Quizá porque el tema internacional no está nunca pre-



via más explícitas: la RFA está "al lado de los Estados Unidos y no en medio de las dos superpotencias". En un sentido similar parecen ir las advertencias de los franceses al embajador soviético. En todos los casos, la Unión Soviética expone sus tesis: la intervención extranjera en el Afganistán es anterior a la suya, a partir de un "país satélite" —Pakistán— y de un aliado imperialista

mayor interés. Encuentra más afinidades que dificultades: la visita de Suárez a Carter llenó de entusiasmo al Presidente, y las explícitas declaraciones de gobernantes aislados y Consejo de Ministros declarando la culpabilidad de la URSS es, para Washington, muy satisfactoria. La expulsión, aún no suficientemente aclarada, de espías soviéticos establecidos en Madrid se producía



La campaña de captación de aliados por parte de los Estados Unidos está en pleno vigor, y España es uno de sus objetivos de mayor interés.

senta en las elecciones con la fuerza que tiene en Francia, en Alemania Federal, en Italia o en cualquiera de los otros países que no han estado alejados en los últimos años del tema, como lo ha estado España. Quizá porque, a pesar de la enorme moderación de la izquierda, la guerra fría sirve a Suárez para tratar de aislarla en el contexto interno (la campaña anticomunista interior va creciendo cada día). Para Carter, esta afinidad es enormemente rentable. Está convencido de que España puede ser un buen mediador en dos zonas que le preocupan enormemente, la de Latinoamérica y la del mundo árabe, curiosas herencias recibidas del franquismo que las produjo en un momento en que podrían representar unos valores antidemocráticos: la alianza de los tiranos americanos, el independentismo de los árabes frente a la colonización imperial inglesa y francesa (que llevó a algunos dirigentes históricos, como el Gran Mufti de Jerusalén, a buscar la alianza de los nazis alemanes). Es indudable que estas peculiaridades históricas —que, naturalmente, después han variado de contenido— dan a España unas condiciones especiales para la política internacional. Es su no pertenencia a la OTAN la que le

hace susceptible de organizar la Conferencia de Madrid —que requiere territorios neutrales, como fueron Helsinki y Belgrado en las fases anteriores—; su inclinación hacia los países árabes y su falta de relaciones con Israel la que le da mayor peso en el Oriente mediterráneo; su afinidad con Latinoamérica la que puede dar consistencia a su gestión en el subcontinente. La ola de problemas que ha tenido y tiene España en sus Embajadas en América parece mostrar una sensibilidad especial de todos los aspirantes al poder en los países conflictivos por el papel que puede desarrollar España en una mediación, aunque todo ello se convierta después, manejado por turiferarios y comentaristas oficiosos, en la consecuencia de la admiración que se tiene por el desarrollo de nuestro proceso democrático, admiración que podría proceder, sobre todo, de la lejanía de quienes la observan, aunque también de la posibilidad de crear un modelo de tránsito de dictadura a democracia en el que no sufran más de lo debido las oligarquías.

El viaje de Suárez a los países árabes —acaba de terminar su primera etapa al Irak y a Jordania, antes de otros viajes de primavera que le llevarán a Siria y a Arabia Saudita— tiene tam-

bién ese sentido en el que la retórica de las relaciones históricas y los siglos de intercambio cultural —por medio, sin duda, de la interminable y catastrófica guerra de Reconquista— apenas disfraza los temas del globalismo.

Podría suceder que el exceso de deferencia de Carter hacia España y el entusiasmo por sus acciones pudiera hacer perder el valor de la acción de Suárez. Si es una determinada neutralidad y hasta una política contraria a la de Washington —en el caso de los árabes, y en lo visible— es la que da un peso de verosimilitud a nuestras acciones políticas, un excesivo alineamiento lo podría disminuir. No parece que Carter pueda tener en estos momentos en cuenta esa posible contradicción. Está en pleno combate, en plena guerra personal, y en esos casos no es más que la dureza de pagada lo que cuenta.

El caso contrario —el interés de España— es un poco más complejo. La disidencia —relativa, dentro de los límites de lo posible— de otros firmes aliados de Estados Unidos debería mostrarnos los riesgos de seguir demasiado adelante en el terreno de la guerra fría. Lección difícil de aprender, porque además de las presiones de Estados Unidos, manifiestas a cada ocasión, es-

tán las fortísimas presiones interiores de la derecha española, abonada de antiguo a la filosofía de la fuerza y a la utilización de cualquier medio para apartar de cualquier proximidad al poder a cualquier izquierda acusada de débil, de dialogante o de contemporizadora para con el "enemigo" tradicional. En las reservas de los otros aliados más prudentes figura también un hecho que no puede dejarse de tener en cuenta: la posibilidad de un carácter efímero de la acción de Carter, y de Carter mismo. Una cosa es seguir la línea global de la política de Estados Unidos, otra es escoltar la aventura de Carter, que puede variar en cuanto las conveniencias de su país se lo indiquen —como debe hacer un responsable político— o en cuanto las variaciones del índice electoral se lo aconsejen; o, simplemente, puede no ser Presidente de los Estados Unidos al terminar el año. Hay algunos síntomas de que Carter se puede estrellar en este caso: la misma desesperación con que ha abrazado esta política de "converso" —según su frase— indica que se trata de un juego de última oportunidad. No parece que haya razón alguna —objetiva— para sumarse a esta política sin siquiera auscultar el consenso de la nación. ■